



LA FRONTERA SALVAJE

WASHINGTON IRVING

TRADUCCIÓN DE MANUEL PEINADO LORCA



errata naturae

PREFACIO DEL TRADUCTOR

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *A Tour on the Prairies*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



© de la traducción, Manuel Peinado Lorca, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-60-8

DEPÓSITO LEGAL: M-3443-2018

CÓDIGO BIC: BM

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Siddhartha Saravia Muñoz

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Aunque mi interés científico por Norteamérica arrancó en 1989, y desde entonces el estudio del medio natural del Nuevo Continente ha ocupado la mayor parte del tiempo que dedico a mi especialidad académica, la Geobotánica, la decisión en 2012 de pasar a formar parte del equipo de investigación del Instituto Franklin de Investigación en Estudios Norteamericanos me animó a ocuparme de otros temas estadounidenses que fueran de interés para un centro cuyos objetivos sobrepasan lo que hasta ahora ha sido el ámbito de mi producción académica. Por otro lado, como tres obras de Washington Irving aún inéditas en castellano se desarrollan en territorios norteamericanos cuya naturaleza conozco relativamente bien debido a mis expediciones botánicas profesionales, decidí dedicar mi tiempo libre a traducirlas. Con ese ánimo empecé en 2013 la traducción y la edición comentada de *La frontera salvaje*, la primera de una trilogía que completan *Astoria* (1836) y *The Adventures of Captain Bonneville, U.S.A. in the Rocky Mountains and the Far West* (1852), en las que sigo trabajando en la actualidad.

La edición de *La frontera salvaje* que he usado para mi traducción es la original de Carey, Lea & Blanchard de 1835, adquirida en una librería de viejo en Nueva York, que he completado en esta primera edición en castellano empleando otros libros que me han sido de enorme utilidad para reconstruir un viaje de un mes de duración cuya cronología y descripción geográfica resultan un tanto confusas si se sigue únicamente el texto de Irving, más preocupado por la creación literaria que por ajustarse a los parámetros típicos de una crónica de viajes.

Además de otras obras que cito a lo largo de este volumen, los textos fundamentales que he traducido y utilizado para glosar y acotar *La frontera salvaje* son las notas del diario de Irving tomadas de la edición clásica de Trent y Hellman (1919) y revisadas con la edición de McDermott (1944); las cartas del conde Pourtalès editadas por Spaulding (1968); las páginas dedicadas a la expedición en el libro de Latrobe, *The Rambler on North America*, y en el diario que escribió otro compañero de viaje, Henry L. Ellsworth, el hombre con quien Irving mantuvo una relación más estrecha durante la expedición. Estos textos aportan una valiosa información adicional a la de Irving y me han servido tanto para anotar la presente edición, como para redactar un ensayo introductorio a modo de edición crítica que puede leerse en internet¹, en el que se describen los antecedentes y el final del viaje, puesto que, como relata el propio Irving en su prólogo, *La frontera salvaje* «no es más que una pequeña parte de un viaje más extenso».

En ese ensayo, además de situar el viaje en su contexto histórico y de indicar algunos aspectos de la narración que me parecen importantes, he procurado rastrear los lugares en donde se fijaron los campamentos cada día. Para hacerlo, me he basado en los croquis que aparecen al comienzo del libro de Ellsworth y en el de Thoburn (1930), así como en el mucho más preciso mapa de McDermott (1956), que he ido superponiendo sobre mapas actuales de Oklahoma e imágenes de Google Earth. En el verano de 2012, cuando seguía la ruta del Pony Express desde San Luis a San Francisco, me desvié para tomar la ruta de la expedición Irving; las notas de ese viaje me han sido también de mucha utilidad, como también *The Western Journals*, de Washington Irving, en la edición de McDermott (1944).

A lo largo de ese ensayo introductorio, como también en las notas de este volumen, las referencias a los textos de Ellsworth, Latrobe y Pourtalès se citan simplemente con el apellido de sus autores seguido de la página de referencia (las páginas citadas de Pourtalès corresponden a la edición de Spaulding). Cuando se trata de *La frontera salvaje*, cito únicamente el capítulo en números romanos, mientras que las notas de las libretas que sirvieron de diario de Irving se citan como *Diario* y la paginación corresponde a la citada edición de Trent y Hellman.

Dénia, 1 de agosto de 2017

PRÓLOGO

Aunque viajé para satisfacer mi curiosidad, se dio por sentado que el largo y variopinto recorrido que realicé a mi regreso a Estados Unidos fue con el propósito de escribir un libro, y más de una vez se insinuó en algunos periódicos que tal libro, que contendría bocetos y escenas del Lejano Oeste, estaba ya en imprenta².

Esas noticias, que me adjudicaron arbitrariamente antes de que me pusiera a escribir o de que se me pasara por la cabeza, me han puesto en un buen aprieto. Me he sentido como un pobre actor de quien se ha anunciado que iba a interpretar una obra de la que no tenía ni idea y cuya aparición sobre el escenario se espera que suceda antes de que haya memorizado una sola línea.

He tenido siempre una aversión, rayana en la incapacidad, a escribir para satisfacer las expectativas creadas por otros. En este caso se esperaba que escribiera sobre un

país repleto de maravillas y aventuras que ya habían sido objeto de excitantes narraciones surgidas de plumas muy capaces; y ahí estaba yo, sin tener aventura alguna ni nada maravilloso que contar.

Sin embargo, como parece que tal es el deseo de un público que ha demostrado el suficiente interés por mis viajes como para que merezcan ser narrados, tan pronto como me ha sido posible me he apresurado a responder hasta cierto punto a sus expectativas³. Para hacerlo, he aprovechado unas cuantas hojas de mi cuaderno de apuntes con las notas sobre una expedición de un mes de duración que hice por el Lejano Oeste, en plena naturaleza, más allá de la avanzadilla de los asentamientos humanos⁴. En realidad, no es más que una pequeña parte de un viaje más extenso, pero es en sí mismo un episodio tan completo como pueda serlo cualquier otro. Como tal se lo ofrezco al público, con gran desconfianza. No es más que una simple narración de los sucesos del día a día, los mismos que le ocurren a todo el que viaja por las salvajes praderas. No tengo ninguna hazaña que describir, ni ningún accidente por agua o por tierra que narrar, y en cuanto a los que desean que surja de mis manos una historia extraordinaria o una aventura, sólo puedo responderles con las palabras del agotado afilador: «¡Relatos! Dios le bendiga, señor, no tengo nada que contar»⁵.

CAPITULO I

En las tan a menudo cacareadas regiones del Lejano Oeste, varios cientos de millas más allá del Mississippi⁶, se extiende una vasta región deshabitada en la que no existen ni la cabaña del hombre blanco ni el tipi indio⁷. Son grandes llanuras cubiertas de praderas en las que se intercalan bosques, bosquecillos y arboledas, a las que riegan los ríos Arkansas, Canadian y Red, y sus correspondientes afluentes. Sobre esas praderas verdes y fértiles todavía vagan en completa libertad wapitíes⁸, bisontes⁹ y caballos salvajes. Son, de hecho, los cazaderos de las diferentes tribus del Lejano Oeste, unos territorios por los que se mueven osages, creeks, delawares y otras tribus civilizadas que viven en las cercanías de los asentamientos blancos¹⁰. Pero por allí deambulan también los indómitos nómadas de las praderas, los pawns y los comanches¹¹, y otros grupos libres y feroces que habitan en las estribaciones de las Montañas Rocosas. Las regiones de las que hablo son un territorio disputado por estas tribus guerreras y vengativas¹², ninguna de las cuales ha

logrado asentarse de forma permanente dentro de sus fronteras. Durante la temporada de caza, innumerables partidas de cazadores y *bravos*¹³ se trasladan allí, levantan sus fugaces campamentos de chozas hechas con cortezas y pieles, cometen estragos terribles entre los incontables rebaños que pastan en las praderas y, después de acarrear carne de venado y bisonte, se retiran prudentemente del peligroso y conflictivo territorio. Tales expediciones están impregnadas de un tinte bélico y los cazadores permanecen siempre listos para atacar o defenderse. Cuando durante una expedición se tropiezan con cazadores de otras tribus rivales se producen peleas encarnizadas. Sus campamentos están en constante peligro de ser sorprendidos por partidas guerreras nómadas, y los cazadores, cuando se dispersan persiguiendo animales, están continuamente expuestos a ser capturados o asesinados por enemigos emboscados. Los cráneos y esqueletos mondos y lirondos que se blanquean en algún barranco profundo o en las cercanías de los restos de un campamento dan testimonio de algún episodio sangriento y ponen sobre aviso al viajero de la peligrosa región que transita. El propósito de las siguientes páginas es narrar el viaje de un mes de duración que realicé por estos cazadores que ocupan un territorio inexplorado todavía por los hombres blancos.

A principios de octubre de 1832 llegué a Fort Gibson¹⁴, un puesto fronterizo del Lejano Oeste, situado en las orillas del Neosho, o río Grand, cerca de su desembocadura en el Arkansas¹⁵. El mes anterior había estado viajando

en compañía de un pequeño grupo¹⁶ desde San Luis, primero por las orillas del Misuri y después a lo largo de la línea fronteriza de agencias y misiones que se extiende desde el Misuri hasta el Arkansas. Nuestro grupo estaba encabezado por uno de los comisionados nombrados por el Gobierno de los Estados Unidos para supervisar los nuevos asentamientos de las tribus indígenas trasladadas del este al oeste del Mississippi. En el desempeño de sus funciones, el comisionado iba a supervisar los puestos de vanguardia de la civilización.

Permítame el lector que ahora rinda tributo a los méritos del digno líder de nuestro pequeño grupo¹⁷. Originario de una ciudad de Connecticut, era un hombre al que ni la práctica jurídica ni la actividad política habían conseguido enturbiar su innata sencillez y la bondad de su corazón. Había pasado la mayor parte de su vida en el seno familiar e inmerso en la sociedad de diáconos, ancianos y pastores evangélicos asentada a lo largo del lecho del pacífico río Connecticut. Pero, de repente, fue reclutado para que montara su caballo, se echara el rifle al hombro y se mezclara con los rudos cazadores, los colonos de los bosques y los salvajes desnudos en la inhóspita naturaleza virgen del Lejano Oeste.

Otro de mis compañeros de viaje era el Sr. L.¹⁸, inglés de nacimiento, pero descendiente de extranjeros; tenía toda la fortaleza, el dinamismo y la capacidad de adaptación de un nativo del continente. Después de haber viajado por muchos países, se había convertido, hasta cierto punto, en un ciudadano del mundo capaz de adaptarse

fácilmente a cualquier mudanza. Era el hombre de los mil oficios: botánico, geólogo, cazador de escarabajos y mariposas, melómano diletante y dibujante sin pretensiones; en definitiva, un virtuoso completo, a lo que se sumaba que, aunque no siempre tuviera éxito, era un cazador infatigable. Nunca hombre alguno puso «más hierros en el fuego»¹⁹, y, en consecuencia, nunca existió nadie más ocupado ni más alegre.

Mi tercer compañero de viaje había acompañado al anterior desde Europa y viajaba con él como Telémaco; al igual que su prototipo, en ocasiones era capaz de provocar perplejidad e inquietud en su Méntor²⁰. Era un joven conde suizo, de apenas veintiún años, lleno de talento y ánimo, extremadamente valiente y propenso a emprender cualquier tipo de aventura arriesgada²¹.

Después de haber hablado de mis camaradas, no debo pasar por alto a un personaje de rango inferior, pero de suma, penetrante y prevalente importancia: el escudero, el mozo, el cocinero, el encargado de la tienda de campaña, en una palabra, el *factotum*, y, puedo añadir, el entrometido universal, el Marplot de nuestro grupo²². Era un criollo francés, morenito y magro, llamado Antoine, pero apodado familiarmente Tonish: una especie de Gil Blas de la frontera²³, que se había pasado la vida errando unas veces entre los blancos, otras entre los indios, en ocasiones al servicio de los comerciantes, de los misioneros y de los agentes indios, y en otras ocasiones mezclándose con los cazadores osages. Lo recogimos en San Luis, en cuyas cercanías tenía una pequeña granja, una mujer india

y una camada de hijos mestizos. Según decía, tenía una esposa en cada tribu; de hecho, si hubiera que creer todo lo que este pequeño vagabundo contaba sobre sí mismo, sería un hombre amoral, descastado, descreído, apátrida e incluso carente de lengua materna, porque nuestro hombre hablaba una jerga trufada de francés, inglés y osage. Pero sobre todo era un notorio fanfarrón y un mentiroso nato. Era divertido escucharlo disparatar y fanfarronear acerca de sus terribles hazañas y de sus fugas por los pelos guerreando o cazando. Cuando su locuacidad desbarbaba, tendía a caer preso de jadeos espasmódicos, como si las bisagras de sus mandíbulas se hubieran desquiciado de repente, aunque yo, que pude observar que tales convulsiones le ocurrían inmediatamente después de soltar una mentira de primera, me inclinaba a pensar que se debía a que alguno de sus embustes se le atragantaba.

Nuestro viaje había comenzado de forma muy agradable. Aunque a veces nos habíamos alojado en los remotos asentamientos de los misioneros, por lo general acampábamos en las preciosas alamedas ribereñas, a cuyo abrigo dormíamos en tiendas de campaña. A continuación nos apresuramos para tratar de llegar a tiempo a Fort Gibson, con la intención de acompañar a los cazadores osages que emprendían por entonces su temporada otoñal por las praderas de los bisontes²⁴. De hecho, el plan de acompañar a los indios había desbordado por completo la imaginación del joven conde. El paisaje grandioso y las costumbres salvajes de las praderas se habían adueñado de su cabeza, y las historias que le contaba el pequeño

Tonish sobre los bravos indios y las bellas indias, la caza de los bisontes y la captura de los caballos salvajes habían excitado hasta la desmesura sus ansias por meterse de lleno en la vida indómita. Era un jinete audaz y resistente que anhelaba galopar por los cazaderos. Resultaba divertido escuchar sus fantasías juveniles acerca de todo lo que iba a ver, hacer y disfrutar cuando se uniera a los indios para participar en su intrépida aventura; pero era aún más divertido escuchar las fanfarronadas del pequeño Tonish, que se había ofrecido a ser su fiel escudero en sus audaces peripecias, a enseñarle a capturar caballos salvajes, a matar bisontes y a conquistar los favores de las princesas indias.

—¿Y si no conseguimos ver una pradera en llamas?
—decía el joven conde.

—¡Por Dios, yo mismo les prenderé fuego! —replicaba el francesito.